

LOS OBISPOS CENTROAMERICANOS ACELERAN EL PASO

En un deplorable editorial de "Visión" titulado "la Iglesia desafiante" se nos da la versión laica y liberal —neolaicista y neoliberal, para ser más exactos— de la nueva conciencia y de la acción nueva de la Iglesia Latinoamericana.

El **aggiornamento** se ha convertido, según el editorial en revolución demoledora, que se agita en las trémulas manos del Pontífice; la Conferencia de Medellín fue dominada por los teólogos y expertos socio-económicos de izquierda; los documentos fueron firmados apresuradamente por los obispos, sin mucho ánimo de sujetarse a ellos, y son el grito revolucionario del clero joven. No se queda ahí el editorialista. Como era de esperar de las ideas y del capital que respalda dicha publicación —no hace falta ser marxista para reconocer la relación "estructural" entre ambos en el caso preciso de "Visión"—, aparece en dicho editorial uno de los puntos álgidos de la orientación neocapitalista y desarrollista: el control de natalidad.

En efecto, el editorialista se sorprende de que en un punto la nueva corriente no disienta del Pontífice: en el control de la natalidad. Le falta aquí agudeza al editorialista:

no distingue entre el problema individual, que puede presentar a las conciencias casos particulares de paternidad responsable, y el problema de la comodidad burguesa, sea a nivel de las cargas que los hijos pueden causar a un matrimonio entregado a la sociedad de consumo, sea a nivel de ordenación socio-económica y política, donde se pretende una planificación de la natalidad para evitar cambios radicales. En este punto el editorialista insiste en la coincidencia con los marxistas puros, aunque no con los gobiernos comunistas del mundo contemporáneo. También aquí hubiera sido saludable un mayor grado de precisión.

Todo ello viene a parar en lo que al editorialista, y por tanto a la revista "Visión", le importa la verdad. "Pero la verdad es que los curas rebeldes de la América Latina tienen sus oídos dedicados enteramente a la política, a los fenómenos sociales, a los problemas económicos, y lo último que se les ocurre es averiguar qué piensa en cada caso el Pontífice". En este momento el editorialista hace un hábil juego y esconde su voz tras los viejos católicos. Los viejos católicos, que "estaban acostumbrados a encontrar en los curas de la

Comentarios

parroquia el (sic) "padre", es decir el consejero, y en la Iglesia tradicional un refugio, un asilo contra la aspereza de la lucha exterior". "Y Cristo no aparece por parte alguna, con su voz suave, sus parábolas, su perdón, su paciencia, su amor..." — Ay manes de Renan y arte de San Sulpicio!—

Resultado de todo ello según el inefable editorialista: la América Latina "está haciéndose a un lado de este otro partido político —se entiende la Iglesia de los nuevos curas— y de esos otros activistas, que están ganándole unas elecciones a los oligarcas y a los ricos, y no derrotando al demonio, como parecía antes su misión apostólica". Ahí es donde les duele a muchos: que los oligarcas y los ricos vayan a perder su poder social y político, que se aclare históricamente lo que es la lucha contra el demonio —debiera haber dicho con mayor rigor teológico el editorialista: la lucha contra el pecado, el subjetivo e individual y el objetivo y colectivo—, que se defina a la altura de los tiempos y de los signos de los tiempos cuál es la misión apostólica de la Iglesia en la historia de la salvación.

Nos hemos alargado en la cita y el comentario porque se trata de uno de los textos típicos de las "derechas" —empleemos el término recíproco del editorialista—.

A las tales derechas el "Mensaje de la Asamblea Plenaria de las Conferencias Episcopales de América Central y Panamá", de fecha dos de junio del presente año, no puede menos de causarles una serie de reacciones, que pueden ir desde la sorpresa hasta la indignación.

El mismo número de "Visión" en un informe especial "La Iglesia: lucha por el cambio", firmado por Harvey Rosenhouse, nos

puede servir de aproximación a nuestro tema.

El informe, dada la vastedad, la complejidad y la novedad del problema enfrentado, puede considerarse en su conjunto como un aporte de consideración hecho por la revista. Describe con general acierto, si no las últimas y más subterráneas corrientes, sí las que ya han adquirido notoriedad pública. Aquí "Visión" se ha mostrado suficientemente "liberal", en el buen sentido del término.

Pues bien, en este informe no sale bien parada la Iglesia Centroamericana: "El catolicismo de la América Central sigue siendo el más monolíticamente conservador del Nuevo Mundo. Sus jerarquías votaron con el bloque conservador en el Concilio Vaticano II y en Medellín, cuyas líneas progresistas han ignorado hasta ahora". "En El Salvador, donde la mayor parte del clero es nativo, hay un grupo de sacerdotes progresistas, cuyo número podría crecer. El punto de vista del clero en Nicaragua, Honduras y Costa Rica continua siendo en su mayor parte preconciiliar, al igual que en Guatemala".

¿Es realmente objetivo en este punto el informe?

Un texto fundamental del "Mensaje" parecería contradecirlo: "Entendemos la salvación del hombre en el sentido integral que **apuntamos** en el Concilio y **reafirmamos** (los subrayados son míos) en Medellín: Dios quiere la salvación del hombre entero, cuerpo y alma". Más aún: reconocen los Obispos que entre todos los temas estudiados por ellos, "uno se destaca por su importancia en este momento histórico de nuestros pueblos: el respeto efectivo a los **derechos humanos**" (Mensaje, Nº 4).

Los textos son, por tanto, claros, aunque la realidad no es de ningún modo tan clara. Lo que el informe de Rosenhouse afirma no está suficientemente diferenciado: no hace justicia, por ejemplo, a la importante intervención del Arzobispo de Panamá en la redacción del documento más social del Concilio y a su influjo constante en el Celam; no hace tampoco justicia a la lucha, ya de años, de algunos obispos salvadoreños contra la intolerable situación social de El Salvador; no hace tampoco justicia a grupos de sacerdotes, que no sólo denuncian sino que intentan una efectiva concientización de campesinos y estudiantes en varias naciones del Itmo; no hace finalmente justicia a grupos de seglares comprometidos, que exigen cada vez una mayor valentía por parte de la jerarquía eclesiástica.

Pero, aun reconocido todo esto, todavía debemos confesar que vamos algo a la zaga del movimiento que en casi toda Latinoamérica sacude a la Iglesia. Ni nuestros Obispos, ni nuestros sacerdotes, ni los religiosos en sus Colegios, ni las llamadas Universidades católicas (de las que hay cuatro en el Itmo, bien que todavía excesivamente jóvenes), ni los grupos seglares de compromiso cristiano... en su conjunto pueden estimarse como líderes, ni en el pensamiento ni en la acción, de la nueva forma —la historia de la salvación tiene historia, es decir, cambio en el tiempo y en el lugar, con su consiguiente cambio de conciencia— como pretende vivir el cristianismo Latinoamericano. Responderá tal vez esto a nuestro menor desarrollo cultural, pero este mismo hecho no debiera servir de disculpa sino de acicate.

— o —

Por la importancia misma del "Mensaje", por la novedad que im-

plica en el área centroamericana, todo este largo preámbulo parecía necesario. Vengamos ya al análisis del documento.

En el número 2 del "Mensaje" se nos dice que en la Reunión de la que salió el documento estuvieron presentes Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Seglares. No se nos explica bien qué Obispos, qué Sacerdotes, qué Religiosos y qué Seglares. Ni se nos explica tampoco por qué tales Obispos —rumores corren de que de Honduras sólo se hicieron presentes obispos extranjeros—, por qué tales sacerdotes, religiosos y seglares. Tal vez no estamos todavía preparados para algo así como un Concilio regional con la debida y exigible representatividad; pero no hay otra forma de prepararse adecuadamente que la de actuar: andando se aprende a caminar y hasta se hace el camino.

De todos modos el "Mensaje" está respaldado por la Asamblea Plenaria de las Conferencias Episcopales de América Central y Panamá, es decir por el máximo organismo de la colegialidad de los Obispos centroamericanos. El "Mensaje", por tanto, nos permite asegurar que los Obispos centroamericanos empiezan a acelerar el paso. Veamos cómo.

El intento de los Obispos es que la Iglesia se haga más conforme al Evangelio, y pueda así servir mejor al hombre centroamericano y panameño en su salvación.

He ahí la palabra cristiana: salvación. Y es en esa palabra donde la teología debe girar: la presencia de Dios entre los hombres es una historia de salvación, a la par que de salvación histórica. No profundiza en este punto el documento; se contenta con referirse al Concilio y a Medellín, diciendo que Dios quiere la salvación del hombre en-

Comentarios

tero, cuerpo y alma. Formulación que transforma numerosos esquemas pastorales montados sobre la salvación del alma.

Los Obispos pretenden hablar para Centroamérica y centroamericanamente. Por eso se han concentrado en la realidad centroamericana y panameña (Mensaje, Nº 3) y en el momento histórico de nuestros pueblos (Mensaje, Nº 4). Manifiestan así su gran preocupación por el hombre, sobre todo el pobre y humilde.

Dos preocupaciones fundamentales laten en el "Mensaje": la preocupación por la igualdad fundamental de los hombres (Mensaje, Nº 5) y la urgencia del cumplimiento irrestricto siquiera de la Declaración de los Derechos Humanos, "que constituyen una mínima expresión de la igualdad de naturaleza y destino del hombre" (Mensaje, Nº 6).

Inmediatamente y en cumplimiento de su misión pastoral empieza la denuncia: "constatamos con pena que... los derechos fundamentales del hombre no están siendo respetados ni debidamente promovidos en nuestros países" (Mensaje, Nº 7). La acusación es básica, es gravísima: son derechos fundamentales los que no están siendo respetados, no en Rodesia, no en Cuba, sino en nuestros países. El que no fueran promovidos sería una falta de lesa humanidad; pero es que dicen más, dicen los Obispos que los derechos fundamentales no están siendo respetados. Uno de nuestros países pensó que debiera ir a la guerra porque no se respetaban los derechos fundamentales de sus hijos en el extranjero; aquí se nos dice que el irrespeto de los mismos derechos fundamentales se está dando en nuestros países.

Es que no se puede lograr —se dice— esa satisfacción de los derechos fundamentales. Se hacen esfuerzos por dar trabajo, por proporcionar salarios humanos, por una mejor salud y educación, por una vivienda mínima (Mensaje, Nº 8).

Quien sostenga que es imposible esa satisfacción, debe preguntarse por cuánto tiempo y para cuántas personas. De la respuesta honesta que se dé a estas cuestiones, dependen consecuencias radicales. Si un país no puede satisfacer masivamente los derechos fundamentales del hombre, no tiene razón de ser como país; circunstancias excepcionales pueden disculpar una temporal imposibilidad, pero no una imposibilidad habitual. Si por otra parte un país "puede" y no logra el cumplimiento de esos derechos, y si, según se dice, se están haciendo los esfuerzos máximos hoy posibles, entonces la estructura, en la que se condicionan esos esfuerzos, debe ser cambiada.

El argumento no pretende ser conclusivo, porque la lógica de la realidad social exige mayores precisiones. Pero sí pretende ofrecer una hipótesis de trabajo, cuyas ventajas son manifiestas, al no cargar primariamente las responsabilidades sobre voluntades subjetivas sino sobre estructuras, que a veces son independientes de las decisiones individuales en cuanto decisiones individuales. El argumento, por otro lado, pone en carne viva la conciencia cristiana, y no precisamente para dejarlo todo en una pobreza inerte y de dudosa eficacia sobrenatural, sino para, "abandonándolo todo", dedicar todas las fuerzas a quitar el pecado de la injusta desigualdad y a promover la verdadera justicia.

En esta dirección se mueve el documento episcopal. Recogiendo palabras de Paulo VI a los campe-

sinos latinoamericanos sostiene que el desarrollo en América Latina ha favorecido a quienes lo promovieron en un principio, pero ha descuidado la masa de las poblaciones nativas.

Ha habido esfuerzos de desarrollo, pero el desarrollo así entendido es, por lo menos, equívoco. Los Obispos constatan una "creciente manifestación de egoísmo en los sectores económicamente satisfechos; que, habiendo alcanzado la propia satisfacción, parecen permanecer insensibles ante quienes no tienen las mismas oportunidades de vida" (Mensaje, N° 10). Más aún: hay quienes, "en su afán de mantener sus privilegios, toman medidas de represión y obstaculizan la promoción y el desarrollo... Escudándose en calificativos ideológicos o justificándose en la conservación del orden, apelan incluso a la fuerza y a la violencia para mantener el actual orden de cosas que les resulta del todo favorable" (Mensaje, N° 11).

Ese es el punto: el actual orden de cosas que les resulta del todo favorable. Esa es la ventaja fundamental que no quisieran perder. No es tanto que no deseen la mejora de todos. Por muchos capítulos esta mejora les conviene. Más aún: hay quienes sinceramente desearían esa mejora por razones de humanidad. Pero esa mejora ha de consistir siempre en que los otros suban, sin que yo pierda nada. La posición es absolutamente anticristiana, en cuanto el cristianismo es algo más que una ética obligatoria. Los textos por su número y claridad son tan aplastantes que no merece la pena recordarlos aquí. Ese es en definitiva el sentido profundo de la invitación hecha a todo cristiano de dejarlo todo para seguir a Cristo. Sólo desde esta actitud, o desde una similar actitud de desprendimiento, es posible

encontrar la verdad social y realizarla.

Los Obispos pasan a continuación revista a algunos de los derechos que se violan constantemente en más de uno de nuestros países.

Ante todo en el orden judicial. La acusación es gravísima, porque si falla quien debe administrar el derecho, no queda más que el engaño, el uso de la fuerza, la justicia por propia mano. Es decir, la vuelta forzosa al derecho de la selva. Faltan garantías para un juicio imparcial, hay detenciones no legales ni debidamente legalizadas. Más aún, "es públicamente conocido que muchos ciudadanos han sido sometidos a torturas físicas y morales" (Mensaje, N° 12). "Con horror y pesar recibimos, casi a diario, la noticia del hallazgo de cadáveres espantosamente desfigurados y mutilados" (ib.). Es decir, estamos en plena violencia, "una violencia que, en nombre de Dios, condenamos sea cual fuere su índole: institucionalizada o de rebeldía" (Mensaje, N° 13).

Es éste un punto en el que el análisis de los Obispos no pretende ser completo. En los ejemplos aducidos, atribuibles tanto al poder público como a grupos sociales, se señalan sobre todo rasgos de violencia física contra las personas: torturas, suplicios, muertes, hechos de sangre. Y es especialmente a estos aspectos a los que alcanza la condenación episcopal, "en nombre de Dios", de la violencia. Pero el problema no empieza ni termina ahí. Bien lo saben los Obispos y por ello están reclamando la promoción de derechos, cuya mera ausencia supone un permanente estado violento.

No obstante, su rápido y poco matizado análisis en este aspecto, bien ameritaría que volviesen en otra ocasión a meditar exhaustiva-

Comentarios

mente sobre lo que de violencia hay en el mundo centroamericano más allá de las fáciles apariencias. De lo contrario corren el peligro de desilusionar a unos y a otros: a los de la violencia institucionalizada y a los de la violencia de rebelión. Su equiparación, por el mero hecho de usar la fuerza física, es injusta. Hay puntos más radicales que deben enfocarse para resolver a fondo el problema.

Propugnan asimismo los Obispos la promoción de otros derechos. Para los medios y centros de comunicación hay una gravísima acusación: "constatamos que los centros y medios de comunicación social de varios de nuestros países no cumplen con su misión: o carecen de una información objetiva, o deforman interesadamente la que proporcionan" (Mensaje, N° 14). Es éste uno de esos puntos en que la conciencia crítica y libre de la Iglesia debiera, mediante los debidos análisis críticos, denunciar muy en concreto lo que en este campo ocurre. Y desde luego debiera ser la misma Iglesia la que no debiera permitir jamás verdades a medias, coacciones ocultas, etc., en aquellos medios de comunicación en los que puede influir de una manera o de otra.

Igualmente dedican los Obispos un párrafo especial al problema de la sindicalización. "Señalamos que en más de uno de nuestros países, se sigue negando al obrero y sobre todo al campesino tal libertad" (Mensaje, N° 15). Es otro de los puntos en el que las Conferencias episcopales debieran insistir en un documento definitivo que abarcara todo el tema de la reforma agraria, en cuanto cae bajo el juicio moral y cristiano de la Iglesia.

Al aludir a planes y programas de control de natalidad, los Obispos denuncian que son "impuestos, dirigidos y financiados por agen-

cias internacionales, que pretenden en esto actuar tan sólo como promotores del desarrollo" (Mensaje, N° 16). No es que con ello se esté negando la necesidad de que se impida un crecimiento demográfico inconsciente. Lo que se niega es que esto se vaya a realizar impulsados por quienes más se interesan por sí que por sus presuntos protegidos; lo que se quiere impedir es toda forma de colonialismo e imperialismo.

Más aún: se nos dice que es bien peligroso "actuar tan sólo como promotores del desarrollo". Bajo el manto del desarrollo se esconden con frecuencia las mayores cobardías, para no llegar a cambios verdaderamente radicales. Que los Obispos lo denuncien así, debe servir para abrir muchos ojos. La Teología latinoamericana ya lo ha empezado a hacer al intentar sustituir temáticamente el término desarrollo por otros que describen con mayor exactitud la realidad que se debe poner imperiosamente en marcha. El término desarrollo necesita largas explicaciones y está cargado de resabios neocapitalistas, para que pueda expresar el sentido cristiano de lo que debe ser la tarea del hombre en países del Tercer Mundo.

Para concluir sus denuncias los Obispos apuntan un peligro: "el peligro de caer en la situación que otros países del continente ya están experimentando, al suprimir los derechos humanos formales en torno a todas las libertades fundamentales de la persona, e institucionalizar esta supresión, pretextando que sólo así se puede asegurar el techo, el pan, la salud y la instrucción para todo ciudadano" (Mensaje, N° 17).

No estoy muy seguro de que el texto sea excesivamente feliz. Parece conceder que los derechos humanos "formales", en torno a to-

das las libertades fundamentales de la persona, fueran el valor superior que se debe pretender; parece suponer que sin techo, pan, salud e instrucción se pueden gozar de esas libertades fundamentales. Y estas dos "apariencias" podrían invalidar mucho de lo dicho anteriormente. El totalitarismo, ciertamente, no puede ser la solución ideal del hombre ni del ciudadano; pero no a cualquier cosa debemos llamar totalitarismo, ni debemos confundir muy distintos sistemas por ciertas semejanzas formales. Como pienso que no es esta la intención de los Obispos, y como el texto es un tanto equívoco, me he permitido hacer esta observación. Por otra parte, la referencia explícita al país del Istmo aludido, hubiera aclarado el sentido del texto.

Concluye el documento con una exhortación a diversos estratos sociales para que "el desarrollo de nuestros pueblos constituya una auténtica **liberación** del hombre" (Mensaje, N° 19), para que la edu-

cación sea **liberadora** (Mensaje, N° 22), para que se despierte, especialmente en los jóvenes, "un alto sentido de solidaridad humana en sus esfuerzos de **liberación**" (Mensaje, N° 23), para que, "abandonando nuestra posición de insensibilidad ante tanto atropello a la persona humana, iniciemos un movimiento de justicia, de concordia y de paz que edifique sobre el amor una Centroamérica y Panamá, integradas en la comunión de un único destino y una corresponsabilidad solidaria en el futuro de nuestras generaciones" (Mensaje, N° 25).

La sucinta presentación de este documento demuestra que, en efecto, los Obispos centroamericanos han empezado a acelerar su paso. Sólo eso, pero ya eso. Pienso que una Iglesia despierta en todos sus estratos, una Iglesia más atenta a escudriñar y vivir la realidad centroamericana, logrará connaturalmente que sus Obispos aceleren todavía más una marcha; porque desafortunadamente todavía nos queda mucho por andar. A todos.